

en la planta. Y dicho principio vital siendo en todas estas tres clases de seres *realmente* distinto de la materia que informa y de todas sus energías físico-químicas, es sin embargo de mayor o menor perfección de espiritualidad, depende en más o menos de la materia a que va unido, según fuere la calidad del ser: conociéndose dicha mayor o menor perfección de espiritualidad por los efectos o fenómenos vitales del ser viviente observados por la *experiencia de los sentidos* y reducidos a sus causas necesarias por el *discurso de la sana razón*.

¿Ve, pues, como la razón filosófica descubre la existencia del alma (sin necesidad de verla), aunque no alcancen a encontrarla ni el bistoriador médico, ni todos los otros métodos e instrumentos de las ciencias experimentales?...

J. C. P.

EL AGUA DE LA VIDA

(Conclusión)

No quería el príncipe presentarse a su padre sin sus hermanos y le dijo:

—Enano querido, ¿no puedes decirme en dónde están mis hermanos? Han salido antes que yo para buscar el agua de la vida y no han vuelto.

—Están prisioneros entre dos montañas—contestó el enano—allí yo los tengo encantados porque eran tan orgullosos.

Rogó mucho el príncipe hasta que el enano los soltó, pero diciéndole:

—Guárdate de ellos, tienen mal corazón.

Mucha alegría tuvo al llegar sus hermanos y contándoles como encontrara el agua de la vida y la llevaba en una copa consigo, y libertara a una hermosa joven que durante un año largo lo esperaba, y después se casarían, y él obtendría un gran imperio. Cabalgaron juntos los hermanos, y llegaron a un país, en donde había hambre y guerra, y el rey estimaba perecerían, tan grande era la necesidad. Fué a encontrarlo el príncipe y dióle el pan, y con éste todo el imperio comió y se sació, y dióle después también la espada, y con ella derrotó al ejército enemigo, y pudo en tranquilidad y paz vivir. El príncipe se hizo otra vez cargo del pan y de la espada, y continuaron el camino los tres hermanos. Pero llegaron a otros dos países en donde reinaba el hambre y la guerra, y dió el príncipe a cada rey el pan y la espada, y así salvó a tres reinos. Y después se embarcaron y viajaron por mar. Durante el viaje los hermanos mayores se dijeron:

—Nuestro hermano menor ha encontrado el agua de la vida y nosotros, no, por lo que nuestro padre le dará el imperio, que nos pertenecía y nos robará la felicidad.

Pasión de venganza les vino y se concertaron para perderlo. Esperaron para más seguridad a que durmiese, y vaciaron la copa del agua de la vida, y se guardaron el agua, y la copa la llenaron del agua amarga del mar.

Llegados a palacio, llevó el hijo menor al rey enfermo su copa para que bebiese y recobrarla la salud. Pero apenas bebida un poco la amarga agua del mar, se puso más enfermo. Y como se lamentase, vinieron los hijos mayores y acusaron al menor de intento de envenenamiento, y trajeron la verdadera agua de la vida y se la ofrecieron. Apenas la hubo bebido le desparecía la enfermedad y era fuerte como en su juventud. Después dirigiéndose ambos hermanos al menor le dijeron mofándose:

—Tú has hallado en realidad el agua de la vida, pero has pasado la pena y nosotros hemos obtenido la recompensa; hubieses sido más espabilado y no hubieses cerrado los ojos, no te habríamos robado el agua mientras dormías, y al cumplirse el año será para uno de los dos la hermosa hija del rey. Pero guárdate que ~~nos~~ descubras, pues como padre no te cree de nada, si dices una palabra, además de esto debes perder la vida; si callas, te haremos un regalo.

El anciano rey estaba muy enfadado con su hijo menor por creer que había intentado matarle. Por eso hizo reunir el tribunal y juzgar el hecho y cumplir la sentencia. En estando el príncipe de caza, y nada malo sospechase, debía el cazador del rey matarlo de un tiro. Fuera, cuando solos estuvieron en el bosque, el cazador se mostraba triste y preguntóle el hijo menor del rey:

—Querido cazador, ¿qué te falta?

El cazador contestó:

—No puedo decirlo y he de ejecutarlo.

A esto replicó el príncipe:

—Dime de que se trata y te perdono.

—Ah—suspiró el cazador—debo mataros de un tiro, poque el rey me lo ha mandado.

Se espantó el príncipe y dijo;

—Buen cazador, déjame vivir: te doy mi vestido de príncipe y dame en cambio el tuyo usado.

—Gustoso lo hago—contestó el cazador—así no tendré que disparar sobre su real persona. Cambiaron los vestidos y el cazador volvió al palacio, y el príncipe fuése más lejos, internándose en el bosque.

Algún tiempo después, llegaron al anciano rey tres carros con oro y piedras preciosas con destino a su hijo menor: procedían de los tres reyes que con la espada del príncipe habían podido vencer al enemigo y con el pan aplacado el hambre de sus imperios, y el regalo era muestra de su agradecimiento. Con esto, pensó el anciano rey, si su hijo menor sería inocente, y lamentábase diciendo: ojalá viviese; como me pesa haberlo yo hecho matar.

—Vive todavía—dijo el cazador;—no pude resolverme a ejecutar vuestras órdenes,—y narró lo sucedido.

Al oír la noticia, quedó el rey como si le hubiesen arrancado del corazón una piedra que se lo oprimía, y mandó anunciar en todas las provincias de su reino, que su hijo podía volver a su lado y alcanzaría el perdón.